

T i p o s y p a i s a j e s
c r i o l l o s
(serie II)

G o d o f r e d o
D a i r e a u x

La había anunciado, es cierto, pero sólo para complacer al editor, convencido que con la primera tendría de sobra y hasta se haría el desentendido, sí, por casualidad, le viniese yo a hablar de la publicación de la segunda. Así mismo, sucede que me habla ahora de formal compromiso con el público, y me asegura que lo voy a hacer quedar mal con muchos compradores de la primera serie, si no le entrego la segunda, porque todos se la piden, y que la fue prometiéndolo. No debe ser del todo mentira, pues mentir en ese caso, no le haría tanta cuenta como callarse, y no puedo dejar de sentirme algo hinchado por tanto honor, pero de veras extraño que pueda ser cierto. ¿Será posible que haya tantas personas que consientan en sacar del bolsillo para gastarlo en un pobre librito, el peso con que hubieran podido comprar tabaco, o una entrada en algún teatrito por secciones, o un quinto de la chica; y que pierdan una hora en leer lo que contiene, que son todas cosas conocidas, cuando les es tan corto el tiempo para ganarse el puchero cotidiano o aumentar la cuenta en el banco?

En fin, ya que la quieren, ahí va la segunda serie. Anuncio la tercera, también a pedido del editor: pero no entiendo. Ha de haber hecho alguna apuesta misteriosa.

G. D.

- I -

El Mayordomo

Está vendida la estancia. Han venido a recibirse de ella dos hermanos, rubios, jóvenes, con muchas pecas en la cara, polainas en las piernas y gorrita de paño a cuadros en la cabeza.

Ellos son, al mismo tiempo, los dueños y administradores. Hablan español con mucho acento inglés, pero se hacen entender bien, y por lo demás, hablan poco.

Al mayordomo viejo, un criollo nacido en ese mismo campo, cuando los indios todavía pegaban a menudo sus matones, y que ha plantado por su mano los sauces más viejos que dan a la casa su sombra, le han declarado que no necesitan sus servicios, y que, ya que se han contado las haciendas, e inventariado el material, se puede él retirar con la familia cuando guste.

No le han negado, hasta le han ofrecido algunos días para buscar su comodidad, y el viejo les ha dado las gracias.

Bien sabía él, hacía tiempo, que la estancia estaba vendida; que el patrón viejo había muerto, que estaba medio embarullada la testamentaria y que los hijos no habían podido

guardar esta propiedad. Pero, mientras iban desarrollándose con lentitud los mil trámites de ley, allá, en la ciudad, él seguía cuidando los intereses como siempre lo había hecho.

Un sueldito, una habitación pequeña, sus modestos gastos de vida pagados; si necesitaba cien pesos, jamás se los negaba el patrón, sobre todo que las cuentas nunca se arreglaban del todo. ¡Había tanta confianza entre el patrón y él! Él le decía «patrón», porque al fin la estancia era de él, pero habían sido más bien compañeros siempre.

¡Cuántas veces habían ido juntos, cuando muchachos, a los apartes, a las hierras, a los bailes! Juntos, habían disparado de los indios, en pelo, de noche, cruzando en sus parejeros, como relámpagos, cañadones y lomas, huncales y bizcacherales. Habían vuelto juntos a campear las haciendas desparramadas y a fortificar el rancho.

En aquel tiempo, no había más mesa que el fogón, con el asador parado, y cada cual con el cuchillo sacaba tajada.

Hombre de poca instrucción, sin más ambición que la de dejar al patrón contento, había vivido allí su vida, sin pensar en el porvenir. ¿Y para que?, el patrón no lo había de dejar en la calle, ¿no es cierto? ¿Entonces?

Y había formado familia, y sus hijos, mozos ya, lo ayudaban en sus trabajos, sin pedir más, como en herencia propia.

Poco a poco, el campo había tomado valor; lo habían cercado; los animales criollos habían desaparecido, algunos años después de los indios. El ferrocarril acercó la estancia a la ciudad, y a cada rato, ahora, el patrón mandaba carneros finos o algún toro que era una flor.

Y el rancho de antaño se había cambiado por un palacete, donde venía a pasar, el patrón una temporada en la primavera; otra en la Semana Santa, a cazar; y los muchachos a domar petizos, y los mayores a cansar la caballada.

Días felices aquellos, cuyo recuerdo se iba perdiendo ya, envuelto en las neblinas del tiempo que corre.

¡Y siempre tan bueno con él, el patrón viejo! Cierto es que cada uno de ellos ahora comía en su casa; pero él tenía un comedor lindo, con su buen aparador y sillas de esterilla. Hasta lujo le habían dado.

¿Y ahora?

Ahora ¿qué le hemos de hacer? Pasaron los tiempos aquellos. Murió el patrón viejo y se vendió la estancia...

-«¿Pero, con qué queda Vd.?

-Con unos caballitos, señor, de mi marca, y unas vaquitas, hijas de las que siempre sabía regalar a mi señora el patrón viejo, cuando me nacía un hijo. Varias veces, habló de darme en propiedad unas cien cuerdas de campo; pero pasó el tiempo; y después no se habrá acordado...»

A los dos días, ensilló y puso en las varas de un carrito prestado el overo negro, caballo de confianza, viejo compañero de muchos años y, muy capaz de comprender todo lo serio de su misión; el picazo en la cadena y el petizo zaino de ladero. En el carro se cargaron dos cajas grandes de madera, unas bolsas de ropa, varios cachivaches y tres sillas, y subió la señora del mayordomo con sus dos hijas solteras.

El hijo mayor manejaba los caballos, y después de dejar a la familia en una casa amiga donde la esperaban, volvería a buscar los trastes.

Él, de saco negro, de bombacha y bota, con el chambergo en la cabellera larga y canosa, rebenque en mano, con su crédito ensillado, esperaba para despedirse, que saliera el carro.

Salieron, al fin. Un apretón de mano al inglés que allí estaba (el otro había salido a revisar su campo), y despacio, al tranquito, se alejó.

Dicen que al pasar el palenque, dejó correr por su mejilla tostada una lágrima.

- II -

Humaredas

El sol apenas entreabre con sus dedos de oro la cortina rosada de los vapores matutinos, cuando ya por el agujero abierto en el techo de paja del rancho, una columnita de humo azul desenrosca lentamente sus graciosas espirales.

El criollo es madrugador. Le gusta, cuando nada se mueve todavía en el campo adormecido, saltar de la cama, sacudir el sueño y prender fuego para el mate. La cama es dura, poco confortable, y se la puede abandonar sin mucho sentimiento; el *toilet* es corto, sin complicaciones, y, si no hay peine en la casa, con pasarse los dedos en la melena, está todo del otro lado.

Un poco de sebo en una tira de percal, unas ramitas de cicuta, tres o cuatro pedacitos de leña de oveja bien seca, y con un solo fósforo, si está todo artísticamente dispuesto, ya se tienen prendidos el fuego y el cigarro. El agua pronto canta en la pava, el mate bien rascado se llena de yerba nueva; está todo listo para gozar de la vida.

Y el hombre, sentado en una cabeza de potro, se entrega con beatitud a la contemplación de los humos que lo rodean.

El humo del fogoncito se levanta suavemente y no demora en la pieza, pues la atmósfera está serena, sin vientos, sin mucha humedad, y la llama brilla, viva, alegre.

Un sorbo del mate, una bocanada del cigarro; el mate es sabroso: un cimarrón rico, bien cargado, mate de egoísta, para chupárselo solito, sin visitas, y mientras está durmiendo la familia. El cigarro muy bien lo acompaña, y su humo perfumado contribuye a que casi no se interrumpan los sueños de la noche empezados en la cama, dejando flotar las ideas en una somnolencia medio consciente.

«La majada está bien; no está muy gorda, pero muy pareja; el campo se ha compuesto algo, y en buen tiempo, pues ya viene la parición, que va a ser magnífica. Los precios de la lana, dicen todos que van a subir, y como el oro ha bajado, el dueño del campo tendrá que bajar el arrendamiento.

La familia está bien de salud; el último chiquilín bien parece algo indispuerto, pero no debe ser nada y mañana estará del todo bien. Al fin, al pulpero no se le debe gran cosa; con la esquila se le alcanzará a pagar; y, en un caso, hay novillitos que bien han de agradar a algún resero. El año no se presenta tan mal.»

Y mientras así sueña, vacía y vuelve a llenar el mate, prendiendo de cada pucho un nuevo cigarro.

El sol salió ya, pero de mal humor, y empezó a soplar un vientito feo, del norte, húmedo, y el humo, de azul se ha vuelto gris, de transparente, opaco; en vez de levantarse y de salir por el agujero, se hace nube ahora en la pieza, enceguece al hombre, lo hace llorar, lo hace toser. El mate ya no tiene sabor y el humo del cigarro mezclado con el de la leña de oveja toma un gusto horrible que quita las ganas de fumar.

Todavía sueña el hombre; pero en semejante atmósfera, los sueños se vuelven pesadillas.

«Quien sabe, el año, como nos saldrá al fin. Estos novillitos, parece que no quieren echar cuerpo, como si estuvieran entecados. Y el pulpero, seguro se me va a enojar; porque de pagarlo con la lana, ni pensarlo por bien que se venda. No sé, ese muchacho, lo que tendrá, ¿no me saldrá con alguna enfermedad grave?

Y este arrendamiento bárbaro que estoy pagando aquí por cuatro ovejas. ¡Cuándo lo van a bajar!, ¡si más tienen, más quieren!

La parición se anuncia bien; pero después, vendrá la lombriz a comérsela.

Hablan mucho de suba en la lana, pero hasta hoy ofrecen cinco pesos, como el año pasado. La majada está así no más; no sé cuando tendré siquiera un animal gordo para vender.»

El humo se ha hecho más espeso; ha invadido la pieza casi hasta el suelo; el aire es irrespirable.

El hombre deja el mate y el cigarro; se levanta, sale y va a su trabajo; el sol está alto ya, y, una vez más, se puede constatar que no por madrugar mucho, se amanece más temprano.

- III -

A lo que te criaste

«¡Sí, señor!, ahí mismo, donde estamos, en este puesto, ha sido la primera estancia, la fundadora.

Cuando llegué, el setenta y dos, con el primer arreo que eran dos mil vacas criollazas, elegí ese sitio por la proximidad de la laguna y lo alto de la loma. Hicimos primero una cueva y la

tapamos como pudimos con paja, hasta que llegaron las ovejas, tres mil, si me acuerdo bien; venía con ellas una carreta de bueyes, llena de maderas, herramientas y provisiones, y nos apuramos en edificar un buen rancho, bien rodeado de zanjas hondas y anchas, de que todavía se ven rastros y que hacían de él un fortín.

Es que entonces no era por aquí como hoy y que, más a menudo que el silbato de la locomotora, se oía el tropel de los indios...»

Habría seguido don Narciso con su tema favorito, interesante, por lo demás, -si no hubiera venido el capataz a avisar que la majada del cuadro número 6 estaba encerrada; y nos fuimos todos al corral, a seguir presenciando el recuento anual que siempre venía a hacer don Narciso, durante la semana santa, acompañado de convidados que aprovechaban los lindos días de la estación otoñal, para tomar aire de campo y cazar martinetas.

Y mientras se contaban, después de haber contado ya muchas otras, las cuarenta y pico de veces cien ovejas que desfilaban interminablemente por el angosto portillo, aspirábamos con ganas el olorcillo a asado que se nos venía desde el rancho, esperando con cierta impaciencia el momento de irnos a sentar a tomar mate, bajo los sauces.

La señora del puestero, acurrucada delante del fuego, había tendido ya el asado, apagando con el soplo las llamas que de las brasas volvían a saltar golosas, para lamer la carne chisporroteante, cada vez que se desprendía alguna gotita de grasa. Soplaba, echando atrás la cabeza, cerrando los ojos llorosos, y tratando, por un conjunto de horribles muecas que le retorcían la cara, de esquivar el contacto del humo espeso que la envolvía.

Roció con salmuera el medio capón bien dorado, y sacando el asador del fuego, lo vino a plantar a la sombra. Colocó en la cima un trapo, servilleta común para todos los convidados, y en un cajón vacío puso tres platos enlozados y tres tenedores de hierro para los delicados, con un jarro de lata y un balde de agua recién sacada del pozo. Algunas de esas galletas, de cuya calidad se juzga por la cantidad de pedacitos en que se deshacen al golpearlas en la mesa, completaban los aprestos.

Y los cuchillos y los dedos empezaron a sacar tajadas jugosas y succulentas del asado caliente, que chorreaba grasa; y estos hombres, acostumbrados a todos los refinamientos materiales de la vida en la ciudad, mordían, medio agachados, para no ensuciar sus elegantes trajes de campo, un pedazo de carne hirviendo, agarrado con los dedos, cortando el bocado con habilidad criolla, de un tajo dado de abajo arriba.

¡Oh! todos, perfectamente lo sabían hacer, criollos y acriollados, no habiendo entre ellos ninguno capaz de tratar de cortar de arriba abajo, como estos recién llegados, que nunca han aprendido a comer con los dedos y tienen miedo de cortarse la punta de la nariz.

-«¡Alcanzá el trapo, ché!», dijo don Narciso, y limpiándose con él la boca y los dedos llenos de grasa antes de pasarlo a otro:

-«¡Qué asado rico! amigo; no hay tu tía: esto vale un Perú; déjeme con su Esportman y su Rotisería y sus platos estrambóticos. Un asado a lo que te criaste, sí, al asador, no hay para mí festín igual en el mundo.»

Y tomando en el balde agua con el jarro, don Narciso se tragó como medio litro y pasó el jarro a su vecino, agregando con la misma convicción con que puede decir: «¡Qué rico vino!» Rotschild, al probar su chateau Laffite:

-«¡Qué linda agua la de este pozo!»

Ahora, con la digestión principiante, don Narciso queda pensativo, acordándose de sus años de mocedad, cuando con el lazo en el anca del caballo, las boleadoras en la cintura, el sombrero de alas anchas levantado por delante, a lo gaucho, o por detrás, a lo compadrito, de fular punzó de la India en el cuello, con el cigarro negro entre los bigotes nacientes, de chiripá, muchas veces, o de bombacha y de poncho pampa, iba recorriendo los campos, aún casi desiertos y sin valor, arreando hacienda, formando tropas, apartando en los rodeos animales extraviados o campeando lejos los porfiados que siempre querían volver a la querencia.

¿Lo a que te criaste? pero, si casi ha sido la miseria; por lo menos ha sido vida dura, vida de trabajo y de peligros, vida de penurias, de comer cualquier cosa a cualquier hora, de pasar intemperies, cocido por el sol o pasado de frío, y de dormir al raso, empapado por el agua, en el recado hediendo a sudor.

¿Lo a lo que te criaste? pero, si ha sido a sufrirlo todo y a saberlo pasar sin nada, cuando no había nada; y sin embargo, a estos tiempos que no volverán, de orgullosa y querida miseria, dedica don Narciso, sin decir nada, su más profundo sentimiento y su más tierno recuerdo.

Este dicho: «A lo que te criaste», no le sugiere a él ninguna idea de desprecio para las costumbres añejas; ¡oh! no, y daría por ellas, -si volviera también la juventud,- y su palacete en la ciudad, de piso tan pulido que no se atreve a tirar en él el pucho de los cigarros habanos que ahora fuma; y la salivadera dorada, alrededor de la cual escupe con tanta prolijidad, para hacerle el gusto a su señora; y su cocinero extranjero que no quiere oír hablar de puchero a la criolla, ni ha visto nunca un asador; y la levita de última moda, con la cual, por cierto, no alcanza a tener la elegancia que le daba su traje criollo; y el lustroso sombrero de copa alta con que ha creído deber coronar su cabeza melnuda, en señal de su alta posición; y hasta los sueltos de la vida social que anuncian al mundo atento los menores acontecimientos de su vida privada...

La digestión va en buen camino, y don Narciso, con una sonrisa:

-«¿Qué tal? don Juan Antonio; ¿no va a la Exposición de París?»

Y don Juan Antonio, el pulpero, que ha venido de visita, contesta:

-«¡Qué París, ni que exposición! ¡si voy a Europa, voy a mi tierra, cerca de Vigo, en la costa, a comer sardinas frescas, con aceite, y estos chorizos, amigo, que hacen allá, tan sabrosos, con tanto ajo!»

Y casi levanta los ojos al cielo, conmovido, -el corazón está cerca del estómago,- acordándose, él también, de «a lo que se crió», y de su tierra lejana.

- IV -

Ronda

El otoño, en la Pampa, es divino. El pintor encuentra cierta dificultad para traducir con el pincel lo que ven sus ojos. El cielo es demasiado azul, la tierra es demasiado verde, el sol demasiado dorado; el horizonte no se confunde con el cielo, sino que están netamente cortados uno de otro, aunque se toquen.

Para facilitar al artista la tarea elijámosle un paraje algo quebrado, como los hay; con unos médanos lejanos, tres o cuatro montes desparramados en la llanura, de estos montes que parecen indicar grandes estancias; que al caer el sol, parecen enormes, dan casi la idea de selvas impenetrables, y que, cuando uno cerca de ellos llega, se reducen, modestos, a diez sauces alrededor de un rancho, y a una cuadra cercada de álamos.

Pongámosle también un alambrado, con postes algo torcidos; una lagunita, redonda, clara, reluciente como un espejo... ¿Qué más?... Este cielo, señor, con todo, parece mancha.

Para pintar el cielo argentino, con verdad, y sin que se ría la gente, no basta el talento, se necesita genio.

Y para que a nuestro pintor no le salga mamarracho el cuadro, lo alcanzaremos cuarta, permitiéndole aprovechar esta columna liviana de humo, de una quemazón muy lejana que, ligeramente, encapota de gris un rincón del cielo.

Ahora que dejó este de ser demasiado azul, coloquemos en la llanura, para que deje de ser demasiado verde, una punta de vacas, coloradas y rosillas, como buenas mestizas que son, que pacen, desparramadas, o duermen echadas, o toman agua.

Un caballo ensillado, soñoliento, inmóvil, parece cuidarlas, solo; pero, no; pues del cabestro que cuelga lo sujeta un hombre, perezosamente echado de barriga, perdido entre el trébol florido.

No duerme. No puede dormir; está de ronda.

Lo ha conchabado por día un resero para que le tenga a pastoreo esta puntita que ya compró, hasta que traiga otra que salió a buscar. Si cumple bien, fácil es que lo lleve con la tropa, y la perspectiva de este viaje, productivo a la vez que agradable, le tiene los ojos abiertos y la imaginación agitada.

De cuando en cuando, salta en el pingo, da una vuelta despacio, repuntando las vacas, y se vuelve a estirar en el suelo, de espaldas, esta vez, con el cigarro prendido.

¿En qué podrá pensar, solo, todo el día?-¿Pensará?-¿Os oirá?

*Mouches qui murmurez d'ineffables paroles
A l'oreille du pâtre assoupi dans les fleurs...?*

¡Ay! las moscas son mosquitos y las espanta. Pero es joven, lleno de salud y de fuerza, y despierto, sueña en todo lo que puede tener atractivo para su alma simple de buen gauchito.

Sueña con cierta chinita, con la cual está medio apalabrado, desde la otra tarde, que entre dos retortijones a una camisa que estaba lavando en la batea, ella le dijo con una sonrisa: «Pregúntelo a mamita.»

No preguntó él nada a mamita; y queda pensando que muy bien podría la moza contestarle ella misma. Y piensa también que si va con la tropa, ganará bastantes pesos para traerle de regalo un lindo pañuelo de seda, lo que, muchas veces ablanda los corazones y vence las resistencias.

Pero también se acuerda que si se va con la tropa, deja el campo libre a don Antonio Moreta, que anda dándole vueltas a la chica. Y este pensamiento amargo le hace fruncir las cejas, y bajo su tez morena, asoma la sangre roja.

-«¡Bah! dice, casi en voz alta; ¿qué va a hacer ese chueco?»

Con todo, queda con la pesadilla.

Pero, pronto, le pasa por la cabeza el recuerdo del parejero alazán que dejó en el rancho, al cuidado de su hermano menor.

Y una inquietud arrea la otra.

-«¡Quién sabe si el muchacho no va a querer compadrear con él y me lo manca?»

Y del parejero, fácilmente pasa a pensar en un gauchito medio loco, Silverio Montana, que lo quiere correr seis cuabras y a quien se la va a ganar robada. Se ríe, solo; y brillan sus ojos al acordarse de un tirador todo lleno de adornos de plata, que justamente Silverio empeñó en la pulpería y dejó fundir, que el pulpero le ofreció, mitad al contado y mitad fiado, y que es muy capaz de comprar con la misma platita que le va a ganar en las carreras.

Y, alegre con la idea, salta a caballo, da su repunte, y vuelve a sentarse en el suelo, y deja seguir bailando en su cabeza el amor, la pasión a las carreras, la coquetería, los celos, el deseo de viajar, el temor de irse. Pasan despacio las horas... Y, durante todo el día, ha gozado el intenso goce de vivir, bañado en luz caliente, en aire puro, hombre feliz en alegre paisaje.

- V -

Protección eficaz

El día que su patrón, hombre influyente en la política local, procurador y agente judicial, amigo del juez de paz y quien sabe qué en la guardia nacional, le aseguró que sería muy fácil hacerlo conseguir en arrendamiento un buen lote de campo de estancia, de los del gobierno, con derecho a compra, don Manuel Fernández pensó haber realizado el sueño dorado de su vida, larga ya, de empeñosos esfuerzos, y de trabajo rudo y asiduo.

Honrado y robusto hijo de Galicia, venido al país cuando apenas tenía veinte años, de ninguna instrucción y de poca viveza natural, pero lleno de buena voluntad, se había internado en la campaña, fijándose en el Azul, pueblo fronterizo, entonces, pero importante ya, y lleno de recursos y de porvenir.

A su humilde suerte había ligado la suerte más humilde todavía de una china de por allá, y formado una familia algo numerosa a la cual había conseguido inculcar el amor al trabajo.

No vaciló en aceptar la oferta del que consideraba como su desinteresado protector y que, en su ignorancia, creía ser a la vez que un verdadero hombre de estado, un gran doctor, un distinguido militar, y un hombre de bien.

Puso su firma, -lo que, para él, era el más penoso de los trabajos,- al pie de un documento que debía, según le dijo el otro, asegurar, para más tarde, la propiedad, y se fue con su mujer y sus hijos, a establecerse en tres leguas de campo, algo lejanas, poblándolas a fuerza de años, de privaciones y de trabajo, con bastante hacienda, que sus hijos lo ayudaban a cuidar, haciéndose hombres y diestros en todas las faenas de la ganadería criolla.

El anhelo del padre, el pensamiento de todos sus momentos, la única ambición de su vida, la que sola lo impulsaba a seguir con tesón su constante trabajo, y a sostener con su voluntad la de sus hijos, a soportar valientemente cualquier privación y a permitir que la soportasen los suyos, era la compra definitiva de ese pedazo de suelo.

¿Y qué más podría ser?

Sólo la posesión del suelo poblado por él y los suyos podría asegurar el porvenir de la familia; las haciendas peligran, mueren, dejan la ruina, muchas veces, al que no posee la tierra y tiene que pagar el pasto, que le coman sus animales con provecho para él, o que sólo lo abonen con sus huesos para el propietario.

Llegó, a los diez años, el momento deseado y, con vender una parte de su hacienda, se puso en condiciones de adquirir del gobierno, en propiedad definitiva, el campo que ocupaba, compra a la cual la ley de entonces le daba derecho como primer poblador y arrendatario que siempre había cumplido religiosamente con su obligación.

Fue entonces que supo que, si bien la propiedad estaba segura, lo era no para él, sino para el que aparecía como verdadero poblador; para su generoso patrón, de quien había reconocido formalmente los derechos, aunque sin saberlo, por el documento firmado.

La tierra había tornado, mientras tanto, mucho valor, el tren se venía acercando al Azul; empezaba la especulación. Gracias al certificado de población real otorgada por el Juez de Paz, el hábil protector pudo sacar con la mayor facilidad las escrituras en regla.

Fernández, todavía conservó la esperanza que, vendiendo casi toda la hacienda, podría quizás comprar el campo a su feliz dueño. Pronto vio que ni con todo lo que tenía, alcanzaría a pagar el precio que este pedía. Y se contentó con seguir trabajando, pagando desde entonces un arrendamiento matador por lo que siempre había considerado como recompensa merecida de su trabajo, sin que nadie lo hubiese desengañado.

Pero la desesperación había entrado con ese golpe, en su alma sencilla.

El subterfugio inicuo le quitaba a traición la posesión real de esa tierra fecundada por sus rebaños, regada, cada día, con su propio sudor y el de sus hijos, y le indignaba ver que todavía se le pretendía exigir agradecimiento por haberle facilitado la ocupación de ese campo durante tantos años, a precio tan reducido; como si fuera servicio el dejarle creer a uno que el niño que cría es suyo, y arrancárselo, una vez que el cariño, con que nos domina lo que nos ha costado penas y trabajo, se ha vuelto incurable.

Para él, este suelo era realmente la patria de adopción que lo consolaba de haber dejado para siempre la tierra natal; arraigado ya de veras, pensaba pasar tranquilo ahí los últimos días de su vida, y dejar a sus hijos, criados en ella, hechos hombres en la ruda tarea de amoldarla por su trabajo a su nueva misión de nodriza, esa tierra querida.

No supo resistir y murió, inconsolable; con razón, pues la misma borrasca que lo volteó, pronto hizo zozobrar con toda su tripulación tan gentil y guapa, en los escollos de la dejadez y del vicio, la pobre navecilla familiar que tan bien creía haber dirigido...

Los arrendamientos subidos devoraron la hacienda, comercialmente mal manejada por manos inexpertas, y esa Justicia, legal y malvada, que rige a los pobres, acabó su destrucción.

Pocos años después, se cambiaba esa conversación, en una pulpería establecida en el mismo campo:

-«¿Quién es ese gaucho que toma tanta caña?

-Es Romualdo Fernández, el hijo mayor de este gallego viejo, del Azul...

-¡Ah! sí, me acuerdo. Pobre, ¡que lástima! Un muchacho a quien conocí tan trabajado, y tan bueno.

-Así es; amigo.

-¿Y la Madre? ¿qué se hizo?

-Anda por allí, de cocinera en el Azul.»

- VI -

Ropa de abrigo

Tiritando de frío, saltó del mancarrón el muchacho, con su botella en una mano y el pañuelo de algodón en la otra; pasó la rienda por la punta del poste, y, sacando el miserable cuerito de carnero que le servía de recado, entró con él en la pulpería, de miedo que se lo robasen.

Tenía los pies desnudos; la cabeza envuelta en un pañuelo descolorido, un sombrero todo deformado y agujereado, y en las espaldas, un ponchito miserable; una camisita rota y sucia y un pantalón corto completaban el ajuar, capaz de dar frío con su sola vista.

Colocó la botella en el mostrador, y recostándose en él, llamó con fiereza: «¡Mozo!»

Y repasaba con la mirada los estantes llenos de frazadas de algodón y de lana, de ponchos vistosos, de capas de paño azul y negro, de bombachas, pantalones y sacos de todas calidades, tamaños y colores.

¿Les tendría envidia a los que tenían bastantes pesitos para vestirse de los pies a la cabeza con tanta cosa de lujo? ¿Soñaría él en tener, algún día, un sombrero nuevo, un par de botas, medias de color, un chiripá grueso y un poncho de paño con forro de bayeta, elegante, abrochado sobre un saco de rico casimir?

En los ojos, no se le veía pintada más que indiferencia, al recorrer los estantes.

¿Para qué pensar en lo que no se puede conseguir?

El mozo, mientras tanto, muy ocupado en despachar copas de caña y de ginebra a media docena de reseros que acababan de hacer irrupción en la pulpería, no se apuraba en venir a despacharlo.

«¡Mozo!» volvió a gritar más fuerte el muchacho, golpeando en el mostrador con una pieza de dos centavos.

Se dieron vuelta para mirarlo los gauchos y sonrieron.

Bien emponchados venían, como gente que viaja, la cabeza envuelta en pañuelos, unos de seda, otros de algodón; algunos con botas, los más con alpargatas, y zapateando de cuando en cuando, para quitarse el frío.

Un vecino de por ahí, paisano viejo, los acompañaba; llevaba, -recuerdo de algún viaje al pueblo, seguramente, o regalo de su patrón,- un sobretodo, ropa muy extraña en aquellos parajes. Muy cansado, el sobretodo, muy usado, con botones de diferentes parroquias; el género, antiguamente negro, al parecer, había de haber sido, después, verdoso, para lograr, al fin, su color actual: amarillento. En partes, llevaba remiendos de otros géneros, de colores más o menos aproximados al primitivo. El viejo tenía la cara risueña, y por la barba, muy blanca después de haber sido negra, en los mismos años muy lejanos, que el sobretodo también era negro, probablemente, se conocía que juntos habían envejecido y cambiado de color.

El muchacho era conocido suyo: lo saludó afectuosamente, y como había convidado con la copa a todos los reseros, agregó:

-«Servite algo, muchacho!»

Este lo miró un rato, medio serio, y, repasando otra vez con la vista los repletos estantes de la tienda, dijo:

-«¡Mozo!» a ver una tricota.

-Que tricota, ni que tricota, contestó este: ¿tienes plata?

-¡Si me convidó el señor! y todos se echaron a reír por la gracia del chicuelo.

¡Y qué bien le hubiera venido la dichosa tricota para guarecer sus pobres huesitos de la mordedura del pampero!

Le despacharon algunos centavos de aceite, media libra de yerba y media de azúcar: arregló todo en el pañuelo, se lo ató en la cintura y volvió a saltar en el petizo, alegre y sin tiritar ya, pues el sol de Agosto, ya de regular fuerza, había derretido la helada, y con sus rayos le calentaba las espaldas, como la mejor ropa de abrigo.

- VII -

La señalada

Hoy es fiesta en lo de don Juan Bautista Etchategui. Diez de Mayo, luna menguante, tiempo otoñal precioso, una mañana fresca, sin viento; un sol que calienta sin quemar, y, tendida por todo el campo, una alfombra de terciopelo verde, nuevita, flamante. Un día como mandado hacer.

En la cocina se agitan doña Mariana y sus hijas, preparando con huevos y harina, carne picada y [44] pasas de uva, canela, clavos de olor, sal, pimienta y azúcar, unos pasteles que seguramente dejarán recuerdo a los convidados, sin contar otros manjares criollos, para acompañar el cordero gordo al asador, con cuyo sacrificio se festejará la inscripción de sus hermanos en el registro civil de la hacienda lanar.

Están de señalada. Don Pedro, un cordobés que de todo entiende y sin cuyo consejo no hace nada el Vasco, vino a ver ayer la majada; declaró que estos corderos ya eran gente y que siendo el tiempo lo más favorable, había que aprovechar para la operación el menguante de la luna; y, bien pronto supieron los vecinos que en esta casa hospitalaria habría pasteles, cordero y vino para todos los conocidos que se presentasen a ayudar en el trabajo.

Del corral grande han encerrado en el trascal la majada, por puntas, y de cada punta han sacado y apartado en chiquero especial, de listones bien juntos, para evitar que se escapen, todos los corderos, grandecitos ya, los más, de pocos días, algunos; y las madres, inquietas, vuelven del campo de a una, de a dos, de a puntas, balando, llamando entre los listones a los hijos que se lamentan en tono agudo, y se van otra vez hasta la majada, buscando siempre y cambiando con las compañeras llantos amargos.

Ocho a diez vecinos han aprovechado la ocasión para venir a revisar la majada y apartar las ovejas de su propiedad que bien pudieran estar en ella; pues siempre sucede que uno que otro animal se corta, sin saber cómo, muchas veces, y se mixtura con la majada del vecino; y como el campo que ocupan Juan Bautista y sus vecinos es todavía campo abierto, sin alambrados, las mixturas parciales o generales son frecuentes. Entre las ovejas de dos horquetas y muesca de adelante en la izquierda, señal de don Juan Bautista, pasan en los chiqueros muchas otras de punta de lanza, de martillo, rajada, patria, de agujero, de zarcillo y otras señales, en todas sus combinaciones: y se cruzan, corriendo, de un lado para otro, bajo el ojo experto de sus amos, que, con mano ágil y fuerte, las cazan de una pata y las llevan caminando en las otras tres, hasta la puertita del brete, donde las encierran.

A pesar de permitirlo el Código Rural de 1865, -monumento venerable de civilización primitiva, que hoy todavía rige, aunque en estado avanzado de impotente senectud,- nuestros hombres ya no usan sino las señales en las orejas, y han dejado por completo aquellas bárbaras de botón en la nariz, en la quijada o en la frente, que afeaban tanto al animal, después de haberlo hecho sufrir mucho.

Los vecinos han acabado de apartar sus ovejas: empieza la señalada. Con el cuchillo en la mano, agachados, don Juan Bautista, su hijo mayor, buen mozo de 18 años, y don Pedro, solos, para evitar errores... involuntarios, apretando ligeramente en el suelo con un pie al pequeño animal que, del chiquero, les han alcanzado, echan la señal en las orejas con mano delicada, y buscando la coyuntura, cortan la cola, casi en la raíz, para las hembras; sacando sólo la puntita de ella a los corderos que hacen capones.

Tres tajos, una vuelta; otro tajo, un balido ahogado, un chorrito colorado, y se van los pobres, desfilando hacia la majada, uno tras otro, con un quejido de melancolía o de terror, ensangrentados, lastimosos, tristes, avergonzados, menos unos pocos que, al contrario, disparan como si los corriese Mandinga. Las colitas se van amontonando, y cuando se vació el chiquero, se cruzan las apuestas sobre el número probable de corderos señalados.

-«¡Vamos a ver, muchachos! voy a setecientos cincuenta.

-¡Ochocientos! grita otro.

-¡Setecientos! amengua un tercero.

-¡Seis litros de vino seco!

-¡Pago! el que quedó más lejos, pierde.»

Y poniendo, en montoncitos de a diez, las colas casi enteras de las hembras a un lado, y los rabitos de los machos a otro, pronto cuenta don Juan Bautista y proclama: cuatrocientos siete capones y cuatrocientas diez y ocho hembras; el total vino después, un poco más trabajoso: ochocientos veinticinco señalados.

-«Paga el de los setecientos. Linda señalada, amigo, en mil quinientas ovejas!»

Aumentó la majada; los corderos señalados son de cuenta, y la esperanza parece realidad. Esta sonrisa de la Fortuna llena de gozo el alma del pastor, y se va risueño; calculando lo que le darán de lana, en la esquila próxima, estos corderos hechos ya borregos; y que al año, quizá, muchas de las hembras parirán y que podrá formar, en otro año, una linda tropita de capones.

Para mejorar la lana y agrandar el tipo, comprará carneros puros. ¿Rambouillet o Lincoln? vacila: la lana fina es muy buscada, pero la carne se vende muy bien para la exportación; y antes que en su espíritu esté resuelto el problema, pasan, en visión rápida, el invierno con sus heladas; la primavera con sus lluvias; el campo pelado por la seca o tapado por la creciente; la sarna que come la lana; el hambre que come la gordura; los soles del verano que queman el pasto; los temporales en plena esquila, que dejan el tendal de ovejas peladas; la manquera que aniquila, y la lombriz que mata.

¡Bah! ¡Atrás, pesadillas, y viva la ilusión! Y contentos, todos, alegres, narigueando ya con apetito campestre el perfume de la grasa derretida y de los pasteles calientes, se dirigen hacia la cocina, donde doña Mariana y sus hijas se siguen agitando.

- VIII -

Elección pacífica

En lo más fuerte de la trilla, se había embriagado el maquinista; pero don Pedro Guetestán no era de los que se ahogan en una palangana.

Criador experto, comerciante hábil, agricultor perspicaz, para fomentar el progreso del pueblito, se había improvisado, con asentimiento tácito de la población y del gobierno provincial, jefe de policía, juez de paz y comandante militar y poco le costó improvisarse también maquinista. Y en medio de la densa nube de polvillo que lo enceguecía y del ruido ensordecedor de la trilladora, dirigiendo y haciendo, manejando a sus hombres y a su máquina, pensaba, más que en las pilas de trigo que iban subiendo, en las elecciones, que tenía, el día siguiente, que organizar, como juez, vigilar, como comisario, y ganar, como fiel amigo del que se trataba de hacer elegir senador, a las barbas del Gobernador.

Eran las once y media, y acababa de interrumpir el trabajo para el almuerzo de los peones, cuando lo vinieron a avisar que en la fonda de Stirloni, del otro lado de la vía, había llegado de la capital provincial toda una comitiva para presenciar las elecciones y que querían verlo.

Inquieto, olfateando a contrarios, se fue de un galopito, sin pasar siquiera por su casa a lavarse la cara, hasta la fonda indicada.

Stirloni, atareado, andaba del mostrador a la cocina, de la cocina al patio, con toda la apariencia de un hombre que tiene la fortuna segura, pero que la tiene que merecer por su trabajo, y glorioso, hinchado, todo colorado, le sopló al oído a don Pedro:

-«¡El sobrino del Gobernador!»

No preguntó más don Pedro; ya sabía a que atenerse, pues era justamente el mismo sobrino este, el candidato de su tío para el sillón vacante. Se hizo anunciar. En el patio estaban ocho hombres, unos de saco, otros emponchados, muestras genuinas del público especial de todas las elecciones de campaña.

El sobrino del Gobernador, hombre muy fino y perfectamente educado, estaba en su pieza con un amigo. Hizo entrar al visitante.

-«¿Don Pedro Guetestán? preguntó; ¿Juez de paz?»

-Para servir a ustedes, contestó don Pedro con tono bonachón. Dispensarán el traje; estoy de trilla, teniendo que hacer de maquinista, y ni tuve tiempo de irme a mudar.

-No importa, señor, no importa. Me presentaré: Enrique de la Pizarra, el señor Gobernador es mi tío; y permítame usted presentarle a un amigo, don Eleuterio Martínez, secretario del Ministro de Gobierno.

-Tanto gusto, señores, contestó don Pedro. Dispongan ustedes de mí; estoy a su disposición: aunque, agregó, hoy tengo mucho que hacer con esa trilla, y no la puedo dejar.

-Pero, ¿y las elecciones de mañana?

-No sé nada, señor; los conjueces me han de mandar avisar cuando quieran organizar la mesa en el juzgado. Yo no tengo más que hacer que entregarles los registros, y después de la elección, remitirlos a los escrutadores que se deben juntar en la Carolina.

-¿Usted conoce a los conjueces?

-Poco, señor, de nombre no más.

-¿No es pariente suyo ese don Juan Guetestán que figura en la lista? ¿Su señor padre, creo?

-No, señor; mi padre es extranjero. Mi hermano era; pero murió.

-¡Ah! ¡cuánto siento! Pues mire; le voy a ser franco. Tengo de mi tío orden terminante de ganar las elecciones o de anularlas. Para ello, tenemos aquí algunos mausers y gente buena. Pero mejor es que usted trate de evitar bochinchas, y nos mande los conjueces para que nos arreglemos.

-Señor, creo que todo andrà como lo desean; mañana veremos que clase de gente viene a votar. Lo que más quiero yo también es que no se altere el orden, y pueden contar conmigo.»

Se retiró don Pedro, y una guiñada de los dos amigos significó claramente:

-«¡Un infeliz, hombre! Lo tenemos seguro.»

El día siguiente, por la mañana, reunidos en la orilla opuesta del pueblito, cerca de trescientos gauchos esperaban las órdenes de su verdadero caudillo, don Pedro Guetestán, y este le mandó decir al sobrino del Gobernador que había mucha gente reunida, pero toda contraria, al parecer; que la situación siendo muy peligrosa, le aconsejaba quedarse en la fonda, y que sería de buena política mandarse preparar un asado con cuero, allá mismo, para entretener a la gente lejos del juzgado, si no había elección, e impedir que hubiera desórdenes; que él iba, por la forma, a instalar la mesa, como era su deber.

-«¡Que no haya elecciones! Más bien, si es así, dígame; exclamó don Enrique, algo emocionado, al oír el mensaje ¡Que no haya elecciones!»

Y mandó preparar en la orilla del pueblo cercano a la fonda, un asado con cuero, que Stirloni, por su orden, hizo acompañar con dos cajones de cohetes y varias damajuanas de vino.

Empezó el regocijo popular; estallaron los cohetes; el vino desapareció a los gritos de: «¡viva de la Pizarra!» Y a las cuatro de la tarde, pudo don Enrique contemplar con gozo, de la azotea de la fonda, de donde no había salido, los trescientos gauchos que, de a grupitos, se habían venido pasando desde el otro lado de la vía, reunidos alrededor de los restos de su asado con cuero, aclamándolo. Saboreó la suave fruta de la popularidad y mandó a Stirloni que les llevase más vino; Stirloni obedeció, restregándose las manos.

A las cuatro y cuarto, apareció don Pedro en la azotea y, sencillamente, le anunció al sobrino del Gobernador que las elecciones habían tenido lugar sin el menor incidente.

-«Cómo, ¿qué ha habido elección? y ¿dónde han votado? ¿Quién votó?

-Estos hombres, dijo don Pedro, señalando con un gesto de la cabeza a sus gauchos; son electores.

Han votado en la mesa instalada en el juzgado.

-¿Y a favor de quién?

-Debo decirle que creo que su candidato era el señor Corfenú.

-¡Caiga el cielo! ¿y los registros?

-Los hago custodiar, señor, en el juzgado.»

Don Enrique se sintió fumado sin remedio; de buenas ganas, hubiera hecho prender por su gente a ese hombre que, con aire inocente, lo miraba como esperando órdenes: pero no se atrevió. Y cuenta la historia que los registros, bien resguardados de las casualidades del viaje, llegaron a la Carolina en perfecto estado, fueron discutidos y al fin aceptados, pues eran un modelo de corrección y de limpieza, con listas primorosas de nombres y apellidos, sin un borrón, demostrando una elección lo más tranquila, sin disturbios, sin tiros, sin derrame de sangre, un ejemplo para el país entero, pues nunca el Pueblo Libre había expresado su Soberana Voluntad con tanta dignidad y tanta calma, apenas turbada por el entusiasmo bien natural que le había causado su afición al asado con cuero, bien regado, de arriba.

Dicen también que a Stirloni, la comitiva le ha quedado debiendo, desde entonces, unos doscientos pesos; pero estos son percances de la guerra.

- IX -

Conversación

«¿Qué tal, don Pascual, como le va?

-Bien, señor, gracias.

-¿Y la familia?

-Bien, gracias, señor, ¿la suya?

-Buena, don Pascual, gracias.»

Don Pascual es un gaucho viejo, de estos que quedan como para muestra de las generaciones pasadas, para enseñar a las actuales de que hierro se forjaban aquellas. A los setenta y tantos años, anda todavía buscándose la vida por esos mundos de Dios, vendiendo pan y tortas, con su casajo viejo tirado por tres mancarrones flacos, haciendo triquitrac, todo el día, en las huellas de la Pampa.

Pero, ¿quién más flaco que él? Altísimo, apenas doblado por los años, lleva en invierno como en verano, un inmenso sombrero de paja cuyas alas anchas, por amplias que sean, no llegan a guarecer del todo la prodigiosa nariz, toda picada de viruelas, precioso adorno de su cara risueña.

Hombre pacífico, -por la vejez, será- lleva asimismo en la cintura un larguísimo tacón que quizás tenga historia, -pero seamos discretos- y lo hace parecer, cuando se tiene erguido, a un insecto raro atravesado por un alfiler.

-«Y, ¿qué se dice de bueno, por allá, don Pascual?

-Nada señor.

-¿Se venden muchas tortas?

-Pocas, señor.

-La gente tiene poca plata.

-Así es, si señor, la verdad.

-¡Qué seca! ¿Ha visto, don Pascual?

-¡La verdad!

-Si sigue así, seguro tenemos epidemia.

-¡Pues, no! la verdad.

-El año pasado, creciente.

-La verdad.

-Este año, seca; andamos bien.

-La verdad; sí señor. Fácil es.

-Y, ¿qué me dice de Domingo? ¿Será cierto que le dieron puesto en lo de Unzué?

-La verdad, sí señor, así es.

-¡Tanto me alegro!

-Pues no; sí señor.

-¡Buen muchacho!

-Probable; la verdad; pues no, sí señor.

-¿Y como está allí? ¿a sueldo? ¿a interés?

-Mensual, señor, como no; sí señor.

-¡Está bueno; don Pascual! ¡Ah! don Pascual siempre firme en la cancha; ¡no hay como los viejos, amigo!

-La verdad, sí señor; pues no.

-¿Y para dónde va, ahora? ¿a lo de doña Fortunata?

-La verdad.

-¿Su comadre, no?

-La verdad.

-¿Habrá como dos leguas?

-La verdad; sí señor.

-Pero el camino es bueno.

-Pues no; sí señor.

-Llegará antes de la noche.

-La verdad, así es.

-Bueno, don Pascual; mucho gusto en verlo siempre guapo.

-Igualmente señor; la verdad.

-Recuerdos a todos allá

-Serán apreciados; sí señor; la verdad, pues no; la verdad.

- X -

Disparadas

El montaraz, acosado, puede, en los recovecos de la selva, esconderse sin huir, lo mismo que el montañés, en los escondrijos de la sierra; y, sin fugarse, pueden ambos apelar primero a su conocimiento de la comarca y a su astucia natural, para engañar a los rastreadores y burlar su perspicacidad.

La llanura, donde el ojo alcanza hasta el horizonte, a todos vientos, y donde el menor rancho salta a la vista, no tiene más misterio que la distancia; y el primer recurso del gaucho perseguido, el único, es de disparar; disparar a todo correr, sin perder un segundo, sin pararse jamás, en línea recta, como el viento, como el rayo. Y para esto, cualquier petizo, sin espuelas y sin rebenque, se tiene que volver parejero.

-«¿Qué hay? ¿qué habrá?» preguntó don Gerónimo, al oír un tropel que se acercaba, y, mirando al campo, vio venir, a todo escape, al hijo de su viejo amigo don Servando. Venía en pelo, con la cara descompuesta y los ojos agrandados por el susto. En una vuelta rápida, llegó al palenque, se resbaló del caballo que ya venía cansado; saltó, callado, en otro que el hijo mayor de don Gerónimo, en un abrir y cerrar los ojos, había desatado del palenque y desensillado, y cuyo cabestro, fraternalmente, le alcanzaba.

Y, ¡a volar!...

Un ratito después, aparecía, a su vez en el recodo de la loma, un vigilante, anunciado desde lejos por un marcial ruido de ferretería y por el pesado pataleo de su mancarrón aplastado.

El pobre había hecho lo posible para cumplir con su deber. Cuando divisó a medio kilómetro al fugitivo, y vio que había mudado caballo, vaciló un segundo, pegó un chirlo al flete, -nada más que para que no hablara la gente, y pudiera atestiguar que ya no daba el caballo,- y después de correr pesadamente unos cincuenta metros, se volvió al tranco hasta el rancho, donde lo convidaron a bajarse y a descansar.

Ahí, entre dos mates, contó que Gabino se había llevado una muchacha y que había orden de prisión contra él; que lo había corrido más de veinte cuadras, y que ya lo iba a alcanzar, cuando mudó; que, en conciencia, y aunque lo retasen, le gustaba más así, porque con Gabino eran compañeros desde chicos y que le daba no sabía qué, el tener que prenderlo.

-«Por suerte, dijo, se le mancó el caballo al oficial y me mandó solo. De no, ¿quién sabe? Y más, que por haberse disparado, cuando le dio la voz de preso, seguro que le atraca una paliza macuca. Porque es así ese bárbaro; preso que se le fuga, la tiene como comprada... si lo vuelve a prender.»

Puede dar la casualidad que, al cruzar un fugitivo por delante de un rancho, no halle ningún caballo en que saltar; pero si lo hay, parece difícil que se lo nieguen y más difícil, aún, si son dos, que el segundo sea para el vigilante.

¿Porqué será? Instinto caritativo, temor de hacerse de un enemigo, compasión para el fugitivo, o repulsión irreflexiva en ayudar a la policía?